

LOS SIMBOLISTAS VASCOS

RIEV. Revista Internacional de los Estudios Vascos.
Año 40. Tomo XXXVII. N.º 1 (1992), p. 179-183
ISSN 0212-7016
Donostia: Eusko Ikaskuntza

A los atentos ojos del miniador de lo vasco y a las no menos atentas manipulaciones del orfebre de lo vasco, no se les puede escapar el fenómeno que aquí pongo en evidencia, pero por si acaso, por no ser el esoterismo tema favorito de universidad, llamo la atención sobre los siguientes títulos: *El Puente*, de J. Cobrerros Aguirre; *El Laberinto*, de L.M. Martínez Otero, y *Los Peces y las Aves*, de J.P. Morin. Todos ellos aparecidos en el 91, en Ediciones Obelisco, Barcelona, editorial dirigida por la infatigable aura de J. Peradejordi.

Que en un palmo de terreno, Guipúzcoa, y un breve plazo de tiempo, apenas un año, coincidan tres tan similares puntos de vista sobre un concepto cuasi metafísico, nos hace creer en la existencia de una corriente intelectual/espiritual hasta ahora en las catacumbas. Ahora bien, bajo una perspectiva crítica, el que exista una corriente simbolista vasca tiene bastante menos importancia que el saber que piensan estos tres vascos (y su editor) sobre el significado del símbolo. He aquí su tesis.

Un símbolo no es una alegoría o una metáfora, es decir, no es una ficción que da a entender exclusivamente una cosa expresando otra diferente.

Un símbolo no es un signo o una mera convención; es decir, no expresa un significado previamente convenido.

Un símbolo es, según la definición menos restrictiva, un estímulo capaz de trasladar a quien lo recibe del plano de lo fenomenológico y existencial al de lo absoluto e inamovible.

El símbolo abre el campo de la conciencia haciendo percibir todos los aspectos de la realidad: lo sensible y lo velado, lo manifiesto y lo oculto, lo consciente y lo inconsciente.

El símbolo actúa abriendo el consciente más inmediato y, al mismo tiempo, haciendo emerger hasta la superficie de la conciencia elementos inconscientes por asociación y encadenamiento espontáneo de emociones, imágenes, recuerdos y pulsaciones, concatenando así una reserva de significados.

Al despertar tanto nuestro consciente como nuestro inconsciente, el símbolo nos revela a nosotros mismos, poniendo a cada uno frente a su "otro".

El símbolo da una visión global de la realidad ya que religa los diferentes niveles de la conciencia individual y colectiva.

Al informar sobre la globalidad, el símbolo es un medio privilegiado para comunicar ideas de orden metafísico que informan sobre el Principio.

Etimológicamente, “símbolo” (del griego, *syn* y *obalein*) significa “ir juntos”, indicando tanto el despertar conjunto del consciente y del inconsciente por la acción simbólica, como la simbiosis imprescindible para que dicha acción se active entre el objeto que estimula (la figuración, si se trata de un símbolo plástico) y el sujeto receptor del estímulo.

La significación simbólica será siempre polivalente, tanto por informar distintos planos en cada sujeto (el sensible, el psicológico, el metafísico, etc.), como por la variabilidad de los mismos sujetos receptores de la acción simbólica.

El símbolo requiere tanto del objeto estimulante como del sujeto estimulado y al ser éste variable para cada símbolo, al no haber dos personas iguales, el contenido simbólico será siempre superior al continente.

El símbolo reúne la manifestación de quien lo emite y la percepción de quien lo recibe, constituyendo en todo una expresión sintética, sea ésta verbal, plástica o musical.

El medio social, técnico e intelectual está logrando la anestesia del sentido simbólico al imponer la primacía de las apariencias, de lo inmediato, de la abstracción, del racionalismo, de la conceptualización, y de lo convencional. El gran desafío del espíritu moderno, si quiere recuperar su equilibrio, es reconquistar el lenguaje multidimensional del símbolo.

Los símbolos no tienen “claves” interpretativas. Intentar entender mediante ellas los estímulos simbólicos sería puro reduccionismo al hacer pasar por un esquema preconcebido la totalidad del contenido simbólico. De ahí que no se pueda ni se deba sistematizar los símbolos.

El estudio sobre determinado símbolo pondrá en evidencia la universalidad de distintas formas y la posible convergencia de esas mismas formas con tal o cual significación simbólica, sin poder ir más lejos en las precisiones ya que en toda percepción simbólica entra siempre un elemento subjetivo que hará que cada cual perciba un símbolo a su modo.

La porosidad hacia los símbolos requiere una actitud activa y un trabajo individual y constante con ellos que jamás debe cesar. Es el único modo de aumentar en amplitud y profundidad su captación, así como de preservarse de las contingencias externas disipadoras que ofrece la sociedad de un modo cada día más persuasivo.

Y así, apoyándonos en la compartida idea de Cobreros, Martínez y Morin podemos decir de sus libros lo que lo de los libros decía J.L. Borges: un libro es una cosa entre las cosas, un volumen perdido entre los volúmenes que pueblan el indiferente universo hasta que dan con su lector, con el hombre destinado a sus *símbolos*. Ocurre entonces la emoción singular llamada belleza, ese misterio hermoso que no descifran ni la psicología ni la retórica. Los tres libros configuran un símbolo, pero son, además, tres bellos textos literarios.

Los antecedentes del simbolismo esotérico, en el País Vasco, habría que rastrearlos a partir del pedestal de la cruz cíclica de Hendaya. En cada una de sus cuatro caras están representados el sol, la luna, una estrella y un círculo partido por una cruz; cada cuadrante lleva inscrita una gran A y un lema en la lengua de los dioses, en el argot del arte gótico, según traducción de Fulcanelli, dice: “está escrito que la vida se refugia en un solo espacio”. ¿Será

el inlocalizable alquimista Juan-Cruz de Etcheberry el autor de la sentencia y el precursor de lo que aquí damos noticia?

Raúl Guerra Garrido